



Automatización e individualismo

Francis Ellingham

Si inquirimos a cualquiera de los idealistas que cantan locas a la automatización, desde Sir León Bagrit hasta un anarco-comunista, por qué piensa que esta etapa técnica es cosa extraordinaria, responderá indefectiblemente que ella y sólo ella permitirá hacer por fin realidad su sueño de una vida perfecta: una vida libre, civilizada, plenamente humana, o como quiera se llame a ese ideal. Así, en un ensayo sobre la automatización, George y Louise Crowley dicen:

“Con el próximo cambio, creemos, el hombre pasará de una situación en la cual la sociedad no puede sostenerse sin instituciones coercitivas, como el gobierno y la legislación, a un estado de humanidad en el que todas estas coacciones institucionalizadas resultarán superfluas y, por tanto, desaparecerá. Hace ya mucho que el individualista siente rechazo por ellas; aunque no le caen bien, tiene que admitirlas porque reconoce las ventajas de la existencia de un orden social y está convencido de que la coacción es indispensable para su buen funcionamiento. Admitimos que así fue hasta ahora, mas pensamos que, una vez consumada de lleno, esta revolución eliminará virtualmente el elemento conflicto de intereses del ámbito humano. Habiendo más libre interacción, será posible concretar el ideal humanista”. (Anarchy 49, p.76)

Así mismo, al término de su primera Conferencia Reith, Sir León Bagrit expresó:

“Tengo la certeza de que el único y verdadero propósito de la automatización es ayudarnos a alcanzar la plenitud como seres humanos. Siempre me impresionó el ideal del hombre completo definido hace cuatrocientos años por Castiglione en su libro El Cortesano. Pese a ciertas diferencias de detalle respecto al siglo XVI, el concepto fundamental es hoy el mismo: para ser un hombre completo es preciso ser un hombre variado. Debemos cultivar la mente y desarrollar y educar el cuerpo. Éste fue también el concepto de los griegos. Mas la civilización griega pudo ascender a tan altas cimas sólo porque el trabajo rutinario y embrutecedor corría por cuenta de los esclavos, a quienes ni siquiera se los consideraba como seres humanos: eran lo mismo que máquinas... Hoy, si utilizamos los servicios de nuestros siervos, los sistemas automáticos, con inteligencia y valentía, tenemos la oportunidad de construir una civilización verdaderamente superior para todos. Digo “para todos”, porque quiero recalcar que ha de ser para la comunidad íntegra, y no para una pequeña élite, como sucedía en Grecia. Tal el propósito esencial de la automatización”.

Ahora bien, fue contra este tipo de humanismo idealista que Max Stirner, precursor del anarquismo individualista, dirigió sus críticas más enconadas. En su obra capital, *El Único y su Propiedad*, Stirner protestó con todas sus fuerzas contra la noción de que es destino, vocación o tarea del hombre llegar a convertirse en un “ser humano completo” o concretar determinado modelo de “vida feliz”.

Ajuicio de Stirner, no hay para el hombre más vida feliz que la que está viviendo. Con sólo tomar conciencia de ello, la vida del hombre será feliz porque esa conciencia le traerá la paz espiritual. Así, el anarquista individualista no depende del triunfo de movimientos populares, de la creación de tal o cual sistema social o de la transformación de sus circunstancias económicas por obra de la tecnología moderna. Vive su vida feliz ya y ahora, cualquiera sea su situación, aun estando en la celda de una cárcel. Como dice Stirner: “No necesita liberarse primero porque desde el principio rechaza lo exterior a él, porque sólo se valora a sí mismo, porque se pone por encima de todo...” No se trata de un simple egoísmo, como podría suponer un crítico ingenuo. Esto es lo que el Taoísmo o el Budismo Zen llamarían “desapego”, es decir desinterés respecto a toda exterioridad, respecto a todo bien terrenal. Lógicamente, hasta el individualista prefiere ser rico y no pobre, disponer de horas de ocio y no estar esclavizado al trabajo por lo cual se comprende que tal

vez procure mejorar su suerte. Pero no considera que tales o cuales condiciones son absolutamente indispensables para su bienestar, ni tampoco que el trabajo corporal necesariamente “embrutece” al hombre. Suceda lo que suceda –aun lo peor–, poseerá, mientras viva, eso que Stirner llamó la “conciencia del egoísmo”; vale decir, sabe que todos sus actos surgen natural y espontáneamente de *él mismo*, que no puede comportarse de ninguna otra manera y ha de aceptar que el curso que tome su vida será, en cierto sentido, inevitable. Esta posición mental, que depara la paz y la libertad espiritual –a cuyo logro puede contribuir el trabajo corporal–, es la única “felicidad” para el individualista. Más nunca trata de obligar a otros a vivir como él. Si hace propaganda, es de puro entusiasmo –llevado por el sincero deseo de hacer conocer a los demás su nuevo enfoque de la vida– o bien como autodefensa contra quienes quieren imponerle sus ideas a *él*.

Todo concepto de la vida feliz que incluya a la automatización como elemento imprescindible le parecerá al anarquista individualista una forma de atadura a lo exterior o, en el vocabulario de Stirner, una forma de “posesión”. El hombre tiene dos alternativas. Aceptarse tal cual es, confiar en que actúa según lo dicta su naturaleza, momento a momento, y enfrentar el futuro con un sensato y tranquilo “no te aflijas hoy por lo que sucederá mañana”. O bien no creer en su yo natural y esforzarse por conformar su vida a un plan ideal, de modo que no puede encarar el futuro sin angustias porque queda *poseído* por la idea de que es preciso cumplir el plan fijado. La automatización y el progreso técnico en general han llegado a “posesionarse” de la humanidad de esta manera. Oímos decir hasta el cansancio: “no se puede detener el progreso”, la automatización llegará quiérase o no, debemos estar dispuestos a realizar los sacrificios personales que ella exija. ¿Qué es esto sino la más abyecta degradación del hombre ante “lo exterior a él”? En lugar de “ponerse por encima de todo”, el ser humano se ha dejado hipnotizar por el sistema de “realimentación” y el computador. “Si sabemos adonde vamos”, dice Sir León Bagrit, “y si utilizamos los servicios de nuestros siervos, los sistemas automáticos, con inteligencia y valentía...”, pero ahí está el quid de la cuestión. En realidad, no sabemos adonde vamos: en vez de ponerse a *si mismo* por sobre todo, el hombre sigue al “progreso” ciegamente, cual perro faldero. La automatización nos usará a *nosotros*; los esclavos seremos *nosotros*.

Mas (podría objetarse), ¿*tiene que* ser la automatización forzosamente un culto idólatra? Admito que los idealistas que propugnan la automatización y la consideran indispensable están “apegados a lo exterior” y quieren imponer su “vida ideal” a otros, ¿no sería, de todos modos, posible aceptar la automatización sin ánimo autoritario, por ser lo razonable y práctico? Incluso un anarquista individualista podría, tal vez, llegar a aceptar la utilidad de la automatización sin juzgarla imprescindible. Y si, por ejemplo, cierto número de individualistas sintieran “naturalmente” la necesidad de establecer una fábrica automatizada para su mutuo beneficio; ¿no “traicionarían el yo natural del hombre” si no lo hicieran? Al fin y al cabo, hasta el individualista ha menester de un mínimo de prosperidad material para “vivir bien”, puesto que sin alimentos no tendría vida, ni buena ni mala. En la práctica, no puede haber desprendimiento total respecto a las cosas externas.

Las objeciones expuestas evidencian una interpretación totalmente errónea tanto de la revolución cibernética como de la actitud de desapego. Hagamos algunas consideraciones acerca de esta última. Nadie niega que un mínimo de riqueza es esencial para el mantenimiento de la vida física (no existe acuerdo en cuanto a si su finalidad es la conciencia: los materialistas suponen que el cerebro *produce* la conciencia, pero no es más traído de los pelos suponer que el cerebro sólo la transmite). Lo fundamental del desapego es el *no considerar* nada como indispensable, ni aun los elementos básicos necesarios para la vida. Si disponemos de esos artículos de primera necesidad, bien; y si no los tenemos, pese a todos nuestros esfuerzos naturales, bien también. Ni siquiera el desapego es indispensable. Si uno llega a tal estado a consecuencia del propio desarrollo espontáneo, excelente; pero si uno todavía no se comporta con suficiente desapego eso será excelente también, dado que es lo natural e inevitable. Sin embargo, una vez que se ha reconocido el apego, éste deja de serlo. Es el esfuerzo por *dirigir* nuestra vida, sin aceptar su evolución natural, es el tratar de adecuarla a determinado plan (que puede tener como fin el desapego o simplemente el subsistir) lo que constituye la atadura a lo “exterior”. Así, nadie que tema a la muerte o al apego puede lograr la plena “conciencia del egoísmo”. Para Stirner, el aspirante a santo está tan “poseído” como el codicioso.

En cuanto al otro reparo, es una verdadera necedad suponer que los individualistas podrían construir fábricas automatizadas o utilizar la automatización para sus fines, como si la revolución cibernética pudiera ser dirigida por individualistas o la automatización fuera a organizarse especialmente para su beneficio. Desde luego, la automatización *no tiene* por qué ser un culto idólatra, pero en la práctica lo será sin duda. La revolución cibernética será obra de hombres que detestan cuanto representa individualismo, que harán todo lo que esté a su alcance para extirpar hasta sus últimos vestigios y que muy probablemente conseguirán su propósito. Tal vez alguno que otro individualista se las ingenie para seguir con vida, en cuyo caso quizá use la automatización, así como el individualista de la actualidad utiliza la luz eléctrica, pese a

repudiar la ideología tecnológica que, históricamente, condujo a la distribución en gran escala de la energía eléctrica. Pero un individualista que apoyara la revolución cibernética por pensar que ella creará nuevos artefactos útiles para las finalidades del individualismo, sería un tonto. Supuesto que lograra sobrevivir, con la revolución cibernética el individualismo perdería muchísimo más de lo que ganaría, como le sucedió con la revolución industrial cuyas consecuencias sufrimos hoy. El hombre moderno es ya la mansa oveja de un rebaño regimentado, un ser dependiente de las cosas exteriores y, por tanto, falto de confianza en sí mismo. Cuanto más se deja atrapar por el “progreso”, cuanto más se va enajenando de su yo verdadero, más va perdiendo su seguridad y su capacidad de adoptar una actitud independiente, individualista frente a la vida. A mayor “progreso”, menor individualismo.

No se ve ni el más ligero indicio de que la revolución cibernética vaya a estar dirigida por personas verdaderamente desapegadas, a quienes sólo mueve la preocupación por el individuo como tal, es decir, por el único tipo de hombre a quien podría confiársele sin peligro el fantástico potencial de la tecnología moderna (y que es casi seguro juzgaría sumamente malsana la total abolición del trabajo). Desafortunadamente, sucederá que el nuevo orden estará en manos de los mismos que gobiernan ahora a la sociedad, en manos de los ambiciosos de poder; y el motor que impulsará al “progreso” en el futuro será el mismo de siempre: la avidez de la masa. Pues si las masas anhelan la automatización y están dispuestas a soportar los cambios radicales que ella entrañará es únicamente porque, al igual que los pobres y oprimidos de todo tiempo y lugar, creen con ingenuidad infantil que la felicidad reside en la riqueza y el ocio, un sueño sempiterno que esperan algún día se hará realidad. Inútilmente tratan los humanistas idealistas de aderezar este patético sueño con un lenguaje de alto vuelo, pero ni aún las sutilezas de Sir León Bagrit logran disimular su verdadera índole. Resulta muy significativo que éste alegara en favor de la automatización los superficiales y efímeros ideales del Renacimiento y de la Grecia antigua, ideales formulados por clases ricas y gobernantes para justificar sus apetitos e intereses mundanos particulares. No hizo referencia (en un país que es todavía oficialmente cristiano) al Nuevo Testamento, ni tampoco al profundo y antiquísimo concepto del desapego que constituye el fundamento de todas las grandes religiones y de varias filosofías ateas importantes. Evidentemente, el desapego es palabra prohibida en una serie de conferencias cuyo único propósito es el de alentar a los oyentes a dejarse entusiasmar cada vez más por las perspectivas de una riqueza material sin precedentes. A no dudarlo, en la era de la automatización, el desapego será más imperdonable, dado que la conducta simple y natural de la persona libre de ataduras pondría al descubierto la superficialidad y la nimiedad de todas las conquistas técnicas.

Sin quererlo, Sir León Bagrit reveló el destino final del desapego, y de todo lo que esta actitud entraña, cuando señaló en su última conferencia: “Creo que dentro de veinticinco años la automatización habrá vuelto anticuado el viejo concepto de caridad”. El conferenciante empleó el vocablo “caridad” en el sentido estrecho, peyorativo, de donación de dinero que es vergonzoso recibir por no ser una suma ganada con el propio trabajo. Observación sorprendente, por cuanto el término tomó tal significado hace relativamente poco: originalmente denotaba amor por el prójimo según la primitiva interpretación cristiana. ¡Cuan significativa fue la inexactitud de expresión de Sir León! Porque la caridad, en su buen sentido, en su acepción original, si es genuina y no una simple imitación farisea, sólo puede venir del desapego, de ese estado espiritual de libertad en el cual los intereses personales pierden toda importancia. Y puesto que como hemos visto, el desapego será pecado imperdonable en la era de la automatización, se deduce que el viejo concepto de caridad pasará a ser cosa anticuada y el ser humano tendrá tanto corazón como las máquinas cibernéticas de las cuales dependerá totalmente y del modo más abyecto, cual niño mimado e inseguro. Tal será el “hombre completo” postulado por Sir León Bagrit.

En cuanto a las teorías de George y Louise Crowley, podemos refutarlas ya mismo. Estos autores imaginan que, una vez “eliminado el elemento conflicto de intereses del ámbito humano”, indefectiblemente advendrá la edad de oro de la libertad, la erradicación de toda forma de gobierno. Pero “el elemento conflicto de intereses” –que presumiblemente se refiere al elemento que da origen a la pugna de intereses– no reside verdaderamente en el mundo circundante del hombre sino en su propia mente. Los Crowley aducirán quizá que los humanos disputan entre sí debido a la escasez de bienes materiales. Mas por escasos que sean esos bienes materiales, no hay ninguna *necesidad* de que la distribución de ellos provoque choques. Los hombres sensatos –los hombres desapegados– no pueden menos que comprender que la disputa es tan inútil como degradante, y compartirán sus recursos, por magros que ellos sean, por un acuerdo amigable. Es el apego a los bienes materiales y también a ciertas cosas no materiales que la automatización jamás proporcionará –prestigio, posición y, más que nada, poder–, es la “ambición de tener” lo que induce a los hombres a enfrentarse entre sí. Si la automatización fomenta esas ambiciones y relega el desapego al pasado, por lógica la humanidad caerá en conflictos aún más hondos que los que la desgarran ya. Los bienes materiales podrán estar al alcance de todos en gran abundancia, como el aire, pero sin desapego no hay paz de espíritu, ni sabiduría, ni, como hemos visto, caridad. Quienquiera suponga que puede haber una edad de oro de la libertad en condiciones semejantes demuestra un absoluto desconocimiento de la naturaleza humana.

El desconocimiento de la naturaleza humana: he aquí el rasgo más notable de la revolución cibernética. El ignorar el hecho de que lo que sucede dentro del hombre es más importante que lo que pasa fuera de él. El ignorar el hecho de que lo que el hombre realmente desea, trátase de un santo o de un bribón, no son los bienes materiales sino los espirituales, un estado de conciencia en el que goce de paz y alegría. El ignorar el hecho de que el trabajo simple y natural (en oposición al anti-natural y alienado propio de la revolución industrial) no es una desgracia sino un medio de mantenerse en contacto con la realidad y preservar la salud mental. El ignorar, sobre todo, la doctrina más o menos comprendida que un grupito de escarnecidos maestros de la humanidad, como Max Stirner, han difundido entre los hombres: la doctrina de que la única manera de lograr la salud mental y la felicidad es dejar de lado toda aspiración presuntuosa. “Reconoceos a vosotros mismos”, escribió Stirner, “reconoceos tal cual sois, abandonad vuestros afanes hipócritas, vuestra tonta manía de ser lo que no sois”. Es simplemente cuestión de tener coraje de “abandonar los afanes” y, sin vergüenzas ni temores, ser uno mismo, con todas sus “imperfecciones”.

Una revolución cibernética motivada por la codicia en masa, dirigida por ambiciosos de poder y justificada en nombre de un humanismo idealista: ninguna fórmula más eficaz para provocar el mayor de los desastres. A no dudarlo, el anarquista individualista, al igual que los demás, tendrá que afrontar tiempos muy difíciles en el futuro. Sin embargo, el individualista puede mirar al porvenir sin angustias, pues suceda lo que suceda, mientras consiga sobrevivir, siempre encontrará la vida digna de vivirse.

Publicado en “Hacia una tecnología liberadora”, por L. Herber et al. (comp.) pp. 77-87. Ediciones Síntesis. Barcelona, 1981.